



PEDRO BUENO

PEDRO BUENO

CORDOBA, MAYO 1974

SALUDO A PEDRO BUENO

Pedro Bueno es un artista enamorado de Córdoba. Se fue de su provincia cuando tenía quince años. Quería ser pintor. Y lo fue. Pero siempre vuelve a Córdoba. No solamente a su Villa del Río natal sino a la capital de su provincia. No le pierde la cara a Córdoba. No pasan quince días que no tengamos noticias de él. Ya está nuevamente en Villa del Río cuando recién le hemos despedido. Eugenio D'Ors decía en esa obrita de título «Mis salones» que es, por así decirlo, el breviario del arte de los años cuarenta, que si algún día la Agrupación de Amigos de la Academia Breve de Arte, diera algún premio, ese tenía que ser para esa maravilla de cuadro que es el Violinista de Pedro Bueno. Allí expuso, allá en aquellos años que suponen en el campo del arte español un considerable avance con respecto al arte de los años treinta, también un Autorretrato magistral. Ante él, D'Ors proclamó a los cuatro vientos el talento indiscutible de este pintor, cuyos grises suenan a música de cámara y de arte tan delicado, tan archiintelectual que parece más bien un pintor inglés del siglo XVIII que un cordobés de nuestros días.

Con respecto a Pedro Bueno no podemos hablar de época azul ni verde. Bueno siempre fue único, un solitario, mas es más fuerte el que está solo y este artista, retratista de moda en Madrid, tiene un arte que no admite comparación y una paleta en la que el gris es algo genial en la pintura española contemporánea. Cuando Faralco publicó su «Espectáculo de la pintura moderna», en la portada venía un torero de Pedro Bueno; pues bien, aún en este cuadro que tan fuerte llama por su tema a un cromatismo acentuado, el pintor le dió un encanto, una delicadeza única en la pintura desgarrada taurina. Pedro Bueno, pintor inglés, alto y de aspecto lánguido en el ambiente mundano de Madrid, suspira por Córdoba.

JOSE VALVERDE MADRID

Cronista de la Ciudad



Pedro B...

PEDRO BUENO

Han pasado muchos años sin que Pedro Bueno expusiera en Córdoba. Claro está que su obra, durante todo este tiempo, nos ha llegado, la hemos conocido, la hemos tenido presente de alguna manera, porque Pedro no es de esos pintores que si no aparecen de cuando en cuando en alguna galería nadie los conoce ni se acuerda de ellos. Por el contrario, la galería en que expone Pedro es toda España y de un modo permanente.

Por eso, lo importante de esta muestra excepcional en la galería Studio, más que los propios cuadros, tal vez sea para nosotros, sus paisanos, el mero hecho de exponer. Su pueblo natal, su tierra cordobesa llaman cada vez con más fuerza en el alma del pintor, y Pedro Bueno, como aquellos santos de las hagiografías medievales que obsequiaban a la Gloriosa con lo mejor que tenían, con sus habilidades manuales, vuelca lo mejor de su vida, sus propios cuadros y los presenta, no como un pedantesco alarde de su exquisito hacer, ni buscando oportuna ocasión de afianzar su bien ganado renombre, sino como una ofrenda espiritual, como un regalo de sí mismo a los ojos y espíritu de sus paisanos.

Así, pues, sobra el presentar a Pedro, tan nuestro, tan de todos conocido, tan singular y tan personal; pintor de una línea recta, siempre igual y siempre distinto, del que todos cuantos hablan, como máximo elogio y como definición esencial de su pintura, insisten en su heroica independencia, en su equilibrio, sobre todo en tiempos críticos de aguas revueltas que fueron arrastrando a unos y a otros por caminos de aventura. Pedro Bueno no se dejó llevar porque siempre tuvo un seguro asidero en su propia personalidad. Mejor aún, en su hondo temperamento poético. Nuestro paisano es sencillamente eso, un poeta, un gran poeta lírico, que pinta su poesía.

Desafortunadamente, no todo pintor es poeta; no todo pintor es capaz de ver el mundo con ojos de poeta, como lo ve Pedro Bueno, que no es —como algunos creen— revestir la realidad de irrealidades, sino saberle encontrar la auténtica verdad que late en su fondo e identificarla con la verdad del propio artista. Así es Pedro y nada mejor que estos cuadros que nos trae para demostrarlo.

Eso es lo que se quiere decir cuando se afirma que es un pintor intimista, para el que sólo cuenta su propia alma: que es un pintor para el que el modelo es su propia vivencia, un pintor realista que no «ve» la realidad, sino que la «siente», que se emociona con el objeto, que se compenetra con él, ya que, como dice Sastre, la emoción es una determinada manera de aprehender el mundo.

Estamos acostumbrados a ver que muchos pintores se empeñan en que el

mundo ha de ser como ellos lo piensan y se obstinan en meterlo en el agujero mezquino de su limitado horizonte, presentándonos una caricatura de mundo, unas veces —las menos— bobaliconamente paradisiaco, y otras —las más— sencillamente nauseabundo.

Pedro, para ver el mundo como es verdad, se impregna de lo que le rodea, de lo que quiere pintar para mejor plasmarlo. Así, cuando pinta una de esas deliciosas criaturas de ojos redondos, su alma se hace ingenua, siente y piensa como niño, y entonces su cuadro, paradójicamente, tiene mucho de «autorretrato». y al enfrentarse con alguna de sus dulces «maternidades», le golpea dentro el dolor de su propia niñez, y en aquellos seres doloridos está también pintado, de algún modo el propio pintor. Y en sus bodegones de humildes elementos, como en los de Chardin, hay una devota exaltación íntima de lo sencillo y natural: de su propio sentir. Por eso nos atrae tanto y nos domina la pintura de Pedro Bueno, porque tiene mucho de confianza, de desahogo íntimo, de autorretrato espiritual. Porque su obra es él mismo.

En todo artista que es sincero —y si no lo es no es artista de verdad— tiene que ocurrir lo que dice Hauser, que la biografía del artista está tan determinada por su obra, como ésta por aquella, que ambas son inseparables y se condicionan recíprocamente.

Fiel más a lo que siente que a lo que le da voces desde fuera, siempre resultará difícil encajar a Pedro Bueno dentro de los límites de determinada escuela o determinada tendencia. El sencillamente está abierto, consciente o inconscientemente, a cuantos aires puros y frescos puedan venir del exterior. Por eso nos puede parecer al mismo tiempo clásico y moderno, porque su pintura es sencillamente eso, Pintura, y la Pintura con mayúscula es de todos los tiempos.

Por eso destaca sobre todo en su obra el retrato. El retrato es su visión de los hombres; en cada uno está toda la humanidad resumida. Encontramos en ellos una especie de denominador común que al mismo tiempo nos inquieta y nos agrada profundamente. Porque allí estamos todos, tal y como él nos ve.

Ya decíamos que Pedro Bueno, siendo siempre igual es siempre distinto, se nos presenta en esta galería con esa obra absolutamente personal e inconfundible, enriquecida por obras cada vez más simples de forma y de color, cada vez más dentro de ese ideal de síntesis magistral, de difícil sencillez, que corona la obra de todo gran pintor.

Dionisio ORTIZ JUAREZ

Director de la Escuela de Artes Aplicadas

PEDRO BUENO, UN MODERNO POR LIBRE

Por Enrique AZCOAGA

Una de las cosas que primero conviene decir, al hablar del pintor Pedro Bueno, es que este cordobés, de características tan personales y diferenciadas artísticamente, es anterior a «La joven escuela madrileña», donde se le incluye desde que con otros pintores y algún escultor, figuró (año 1945) en tan curiosa colectiva. A Pedro Bueno, andaluz inglesado, fue, el primer pintor, terminada nuestra última contienda civil, que me encontré en el Museo del Prado, en actitud tan meditativa como leal. Acabada la escuela —la Escuela de Bellas Artes de San Fernando naturalmente—, quien se inscribió de forma automática en los grupos españoles, disconformes con las tendencias academizantes y reaccionarias, se convierte en lo que podría llamarse un *moderno por libre*; en un espíritu que, encontrándose muy al tanto de lo que en pintura acaece desde el impresionismo a nuestros días, no considera forzoso olvidarse de lo *tradicional vivo*, ni obligado por culpa de las modas, a servir a expresiones transitorias —tentativas, búsquedas...—, para las que no existieron antecedentes pictóricos de considerable entidad. Cuando la pintura, sufrió graves percances por dos lados: por el de los académicos superficiales, y por el de los que a fuerza de ensayar nuevas técnicas, se olvidaron hasta cierto punto de ella, Pedro Bueno tuvo en cuenta un propósito, cumplido en profundidad y con mucha delicadeza, a lo largo de toda su obra: modernizar su técnica expresiva, *sin olvidarse* —cosa más importante de lo que se cree— de las exigencias permanentes de la pintura en sí. Dado que, la pintura para este artista, siempre fue, es y será una *meditación sobre lo vivo*, cosa muy distinta de lo aparente. Y dado también que las técnicas, por mucha vitalidad que acrediten, o adecuan su ritmo al ritmo secreto de lo que podemos considerar lo fundamental pictórico, o se ensorbecen en exceso, convencidas de que su papel, siempre secundario, no tiene por qué contar, con la esencia creacional sobre la que en última instancia las formas reflexionan.

Pedro Bueno, si hubiera seguido solamente enseñanzas escolares, es posible que hubiese degenerado en un «pompier» irredento. El cordobés independiente, convencido por el contrario que las lecciones hay que recibirlas, de las voces secretas perdidas muchas veces en la desatención de los museos, y en nuestro caso, en el del Prado, se mantuvo equidistante de la expresividad gratuita y de la expresividad servil a lo aparente, convirtiéndose en uno de nuestros artistas equidistantes de la modernidad delirante, y de la académica representación. Cuando le consideramos *moderno por libre*, lo definimos precisamente como a uno de los pocos pintores españoles que supo serlo, librándose de los falsos condicionamientos academizantes, y librándose también de las «independencias peligrosas» de los que no pasaron tantas veces del ensayismo técnico. El caso de este cordobés, cauteloso y solitario, ha sido el caso del hombre para quien lo nuevo, no es siempre la destrucción de todo lo anteriormente logrado, sino el rejuvenecimiento de aquello que hay en lo

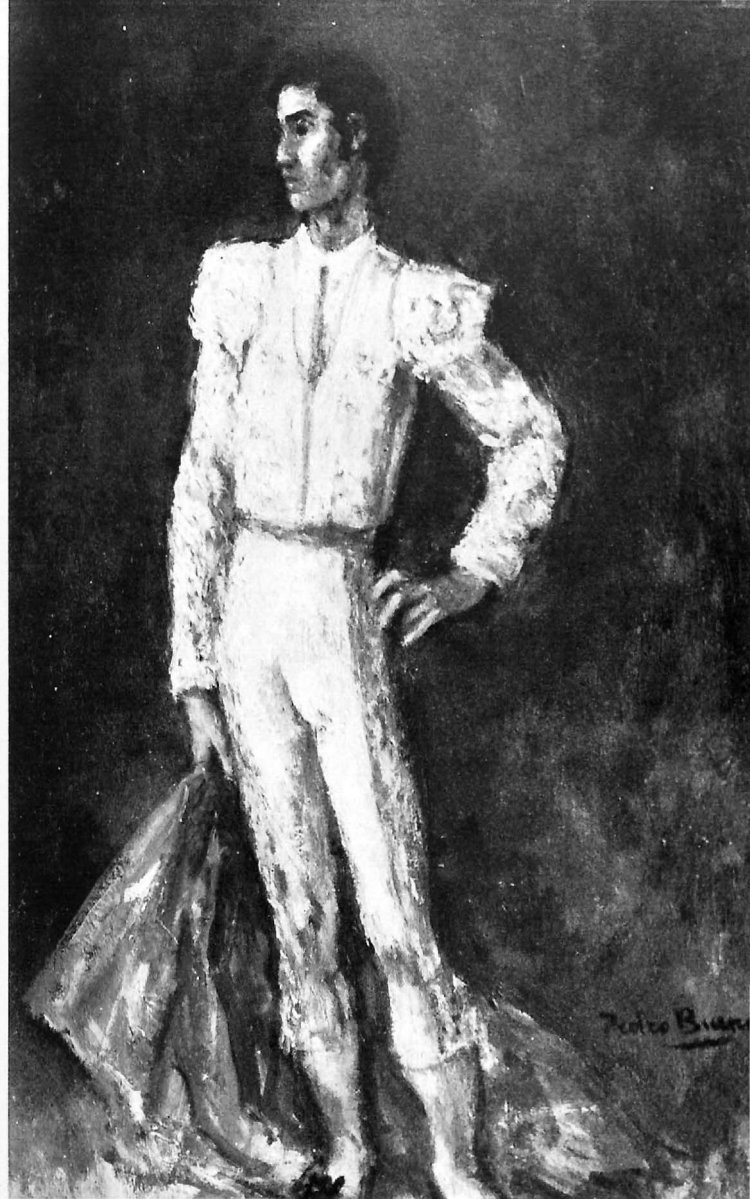
histórico conseguido, lleno —como Pedro Bueno ha demostrado— de una gran posibilidad continuadora. Obras del cordobés expuestas, por ejemplo en los salones de la «Academia Breve de Crítica de Arte», tenían a veces algo de un romanticismo joven, en absoluto desdeñable. El tratamiento con que Bueno se enfrenta por lo general con la realidad palpitante, y con aquello que ha llegado a dominar, y a convertirle en uno de sus mejores cultivadores, el retrato, libera lo que en sus retratados hay de joven, convirtiéndolo en constante, en *fundamento* de su particularísima creación. Nada tan difícil como construir órdenes pictóricos, a base de juventud, de la entraña permanente y fresca que naturalmente los representa mejor que nada. Ni nada tan característico de Pedro Bueno, como éste convertir aquello que evidencia, en algo tan noble como lo más noble vivo, y más fresco, o más joven, que la lozana vitalidad que nuestro artista persigue, como base indiscutible de su moderno quehacer.

La realidad, para Pedro Bueno —y de ahí que no sea nunca un realista mostrenco— es una solución, buena o mala, nutrida de valores, a los que el pintor acecha, y con los que el artista trabaja. Pedro Bueno, muy sensible a las virtudes indudables de la piel del mundo, de los seres humanos, sabe sin embargo, que lo que hay que perennizar de lo real, es aquella su misteriosa verdad palpitante, hermana milagrosa de los dones. Si él, con una técnica depurada por contagio con múltiples tentativas, subrayara lo externo, lo aparente, lo convencional de seres y cosas, en vez de moderno en el noble sentido de la palabra, sería algo parecido a un maquillador, que es en lo que acaban, tantos retratistas celebrados de cualquier índole. Pero con modernidad equilibrada, medita lo milagroso de la realidad y lo vital de los seres que efigia. Convencido de que lo que hay que revelar, no es la piel aparente, más o menos grata, sino el talante secreto de las criaturas por ejemplo que quieren retratarse, crea mundos formales *a base* precisamente de lo que en la criatura humana es secreto muy difícil de descubrir. Su pintura, como consecuencia, de apariencia realista, normal, es creación figurativa, pero modernamente sensibilizada. En la que las formas, hermanas la mayoría de las veces de la realidad que meditan, construyen entidades reveladoras de una esencia, que sólo la pintura revela. Legitimada por la palpitation moderna, joven, que Pedro Bueno además confiere a sus cuadros, vinculados como corresponde al mundo, a las vidas que en su momento exaltan. Y desprendida por consiguiente de aquello que en lo vivo, tiende a la muerte y a la falta de libertad.

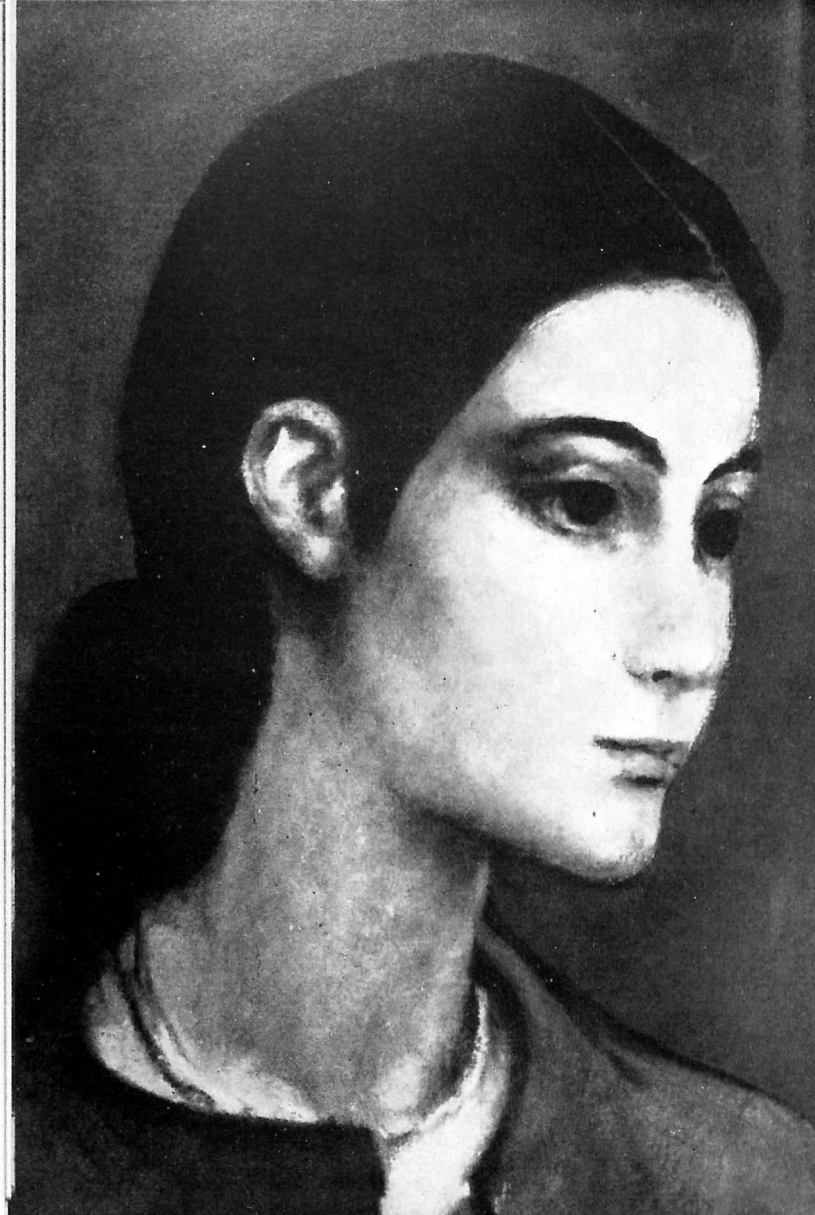
Un retrato de Bueno, en resumen, se parece al más noble joven con que un hombre o una mujer, sueñan ser en cualquier momento de su vida. Un retrato del andaluz recoleto, sin servir a superficiales apariencias, evidencia lo que en la criatura humana hay siempre de propósito de ser, más que de parecer. El pintor —¡líbrele Dios!—, nunca miente. Porque lo que en definitiva interpreta, es la verdad joven a que de una manera o de otra aspiran por un camino íntimo, las personas que el refinado artista con sensibilidad siempre moderna, retrata con peculiar destreza.

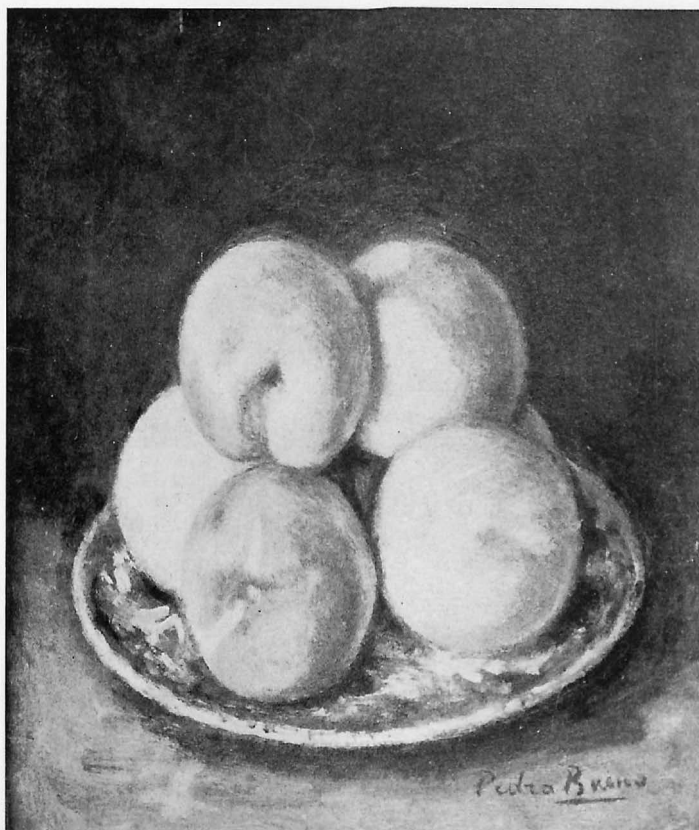






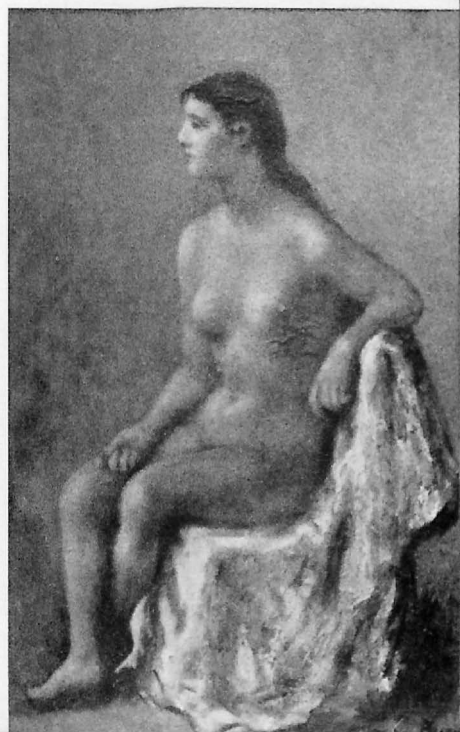
Pablo Picasso





Pedro Bernal









Pedro Buzano



Pedro B. Buena



GALERIA STUDIO, 52
agradece la colabora-
ción y decidido apoyo
prestados, para reali-
zar esta muestra, a la
GALERIA BIOSCA
de Madrid

PORTADA EN COLOR Y MONTAJE FOTOGRAFICO ESTUDIO JIMENEZ

EXPOSICIONES CELEBRADAS

José Jiménez Poyato
José Duarte
Emilio D. Cantelar
Emilio Serrano
Vivancos
Grupo Santiago
Dimitri
Olabarrieta
Xulio
Orfebres Cordobeses
Rafael Boti
Aguilera Amate
Rita Rutkowski
Lola Valera
Francisco Alvarez
Fotografía Trillo
Rafael Orti
R. Martos
Sara Vivancos
Dora
José Morales
Pintura Medieval
C. Toledo
Ángel López - Obrero
Moreno Olmedo
Pedro Guillén
Juan C. Barroso
García Villaescusa
Pedro Bueno

PRESENTACION Y COMENTARIOS

Carmelo Casañó
J. Caballero
Emilio Serrano
Juan Bernier
Andrés Brotón
Cabello Castejón
Fernando Quiñones
Juan Liscano - J. L. Borges
Medina González
Manuel Nieto Cumplido
Rafael Castejón
José Aumente Baena
Carlos Castilla del Pino
Sánchez Camargo
José M.º Moreno Galván
Joaquín Moreno Díaz
Francisco Zuerras
José Valverde Madrid
José L. García Rúa
Adriano del Vallo
Antonio Burgos
F. Zuerras - M. Nieto Cumplido
Francisco Zuerras
Ángel López-Obrero
José Luís López Jiménez
A. García-Viñolas
F. Zuerras Torrens
Padre Juan José Sánchez
Dionisio Ortiz - E. Azcoaga

PROXIMAS INAUGURACIONES

Miguel del Moral
Alfonso Ariza

Galería Studio, 52

Avenida del Generalísimo, 15
Teléfono 226942 - CORDOBA

INAUGURACION 2 DE MAYO DE 1974
8 NOCHE

INVITACION